

Recordando a Iturralde y Suit

Por CARLOS CLAVERIA

Es este uno de nuestros grandes escritores. Sus leyendas, sus cuentos, artículos políticos e históricos, que jalonan su tarea de hombre de letras, constituyen por sí solos una magnífica herencia legada a nuestro pueblo.

Don Juan Iturralde y Suit nació en Pamplona el 23 de Octubre de 1840. Estudió el bachillerato en la misma ciudad, para cursar después la carrera de ingeniero, que hubo de abandonar por su escasa salud. Más tarde ingresó en la Escuela de Comercio de Burdeos donde ganó el único premio establecido.

Marchó luego a París, de donde regresó a la capital de Navarra, para entregarse a su auténtica vocación, que no era precisamente la del comercio, sino la del arte. Fue notable pintor, pero es en la literatura vasca donde dejó un recuerdo imperecedero, merced al profundo sentimiento que supo imprimir a sus escritos, ya fueran literarios o históricos.

Don Arturo Campión e Iturralde y Suit fueron grandes amigos, y ambos coincidieron en el palenque de las luchas por las libertades forales. Campión, que realizó un magnífico estudio biográfico sobre su compañero, nos dice:

"A la terminación de la guerra civil fundó Loredó en Madrid el periódico "La Paz", defensor del solar euskaro. Allá en sus columnas siendo estudiante ensayaba yo mis inhábiles armas de periodista; él también acudía alguna vez con las suyas, bien templadas, en defensa de una idéntica causa. Sonó entonces la hora de las vocaciones irrevocables y las sacras cadenas de avarra nos enlazaron para siempre".

Así surgió una amistad inquebrantable entre dos hombres que tanta prez daban a la letra y a la cultura vasca, bajo el lema de "Euskalerraren Alde".

Iturralde no era un escritor frío, estilista, por el contrario, en todos sus escritos nos muestra su alma al desnudo. Espíritu delicado y exquisito, sentía verdadera veneración por el hogar, el cual tenía a sus ojos un carácter sagrado. En uno de sus libros que recoge diversas leyendas y cuentos, editado en 1896, escribe en el prólogo dedicado a sus hijos:

"Este libro y algunos otros que tal vez le seguirán no están destinados a volar por esos mundos. Aunque mi ambición fuese tal, les faltarían alas para tamaña empresa, y no habrían de encontrar aire propicio, ni ambiente adecuado

para elevarse y ser admirados con simpatía fuera de este rincón amado del Pirineo, donde aún no existen hogares en los que se piensa y sobre todo se siente como en nuestro hogar". Y más adelante, con su característica humildad, prosigue:

"Sean, pues, estas líneas retrato en parte de mi alma, y recuérdelos las leyendas y tradiciones que cuando niños me oísteis contar principalmente lo que os dije de Dios, de nuestra patria y de la familia, esos cultos de mi alma que espero y creo guardaréis también en las vuestras mientras realicéis este tristísimo viaje de la vida".

La mayor parte de las leyendas de este escritor navarro son una interpretación poética de pasajes y hechos históricos, inclinado quizá por el sello espiritualista y cristiano que distingue las grandes creaciones medievales, especialmente las que se refieren al esplendor que durante siglos alcanzó el reino de Navarra.

Entre sus creaciones podemos citar "La batalla de los muertos" o "Una noche en Roncesvalles", sobre la célebre rota del paladín Rolando; "El ruiseñor de Errota-zuri", que más tarde inspiraría una pieza musical del insigne capuchino Padre Donosti, recolector de muchos y preciosos aires populares de la montaña de Navarra; "El organista loco de Iranzu", que produce intensas emociones.

"El viento, brusco casi siempre en aquel agreste valle, escribe Iturralde con su estilo característico, parecía tener ese día mayor violencia y hacía retumbar las mutiladas bóvedas, azotando, invadiéndolo todo, recorriendo la abandonada morada en todas direcciones, golpeando y arrancando tejas y ventanas desvencijadas y produciendo estrépito imponente. Cual si el mutilado monumento le estorbara para barrer furioso el valle, el huracán parecía querer aventarlo furibundo, y cebábase en él como la fiera sobre la víctima que aún le opusiera resistencia. (Se refiere a las ruinas del monasterio de Iranzu).

El motivo de esta bella leyenda refleja la impotencia del hombre para expresar lo que sueña en los momentos en que se siente más fascinado por el ideal, pensamiento que tan magníficamente condensó también el poeta inglés Juan Keats en una de sus odas.

Así como estas podríamos otras muchas leyendas: "Las brisas de los montes euskaros", "La Selva", "Los perros de Martín Abade", que harían la relación interminable.

En apoyo de Iturralde citaremos la frase del crítico Matthew Arnold, en que dice: "Sin poesía, nuestra ciencia aparecerá incompleta y sin alma". Y esto fue lo que hizo el escritor navarro, poetizar los áridos y agrestes capítulos de nuestra historia.

Iturralde y Suit fue secretario de la Asociación Euskara y asiduo colaborador de su órgano de prensa "La Revista Euskara", publicando numerosos trabajos de gran erudición y valía.

Su devoción por la lengua vasca constituyó el eje de su vida, organizando concursos en favor de ella, como el que llevó a cabo en la vieja Iruña el año 1882.

Iturralde y Suit murió en Barcelona el 17 de agosto de 1909, a donde había tenido que marchar por razones de su delicada salud.

Cuando la noticia de su fallecimiento llegó a la capital de Navarra, la prensa le dedicó extensas notas necrológicas que nos hacen evidente el gran aprecio y estima de que gozaba entre sus paisanos.

Concretamente EL PENSAMIENTO NAVARRO, por la pluma de su redactor "Betibat", entre otros elogios decía: "Por sus sanas ideas y por su físico parecía un capitán veterano de los tercios de Flandes".

Su temperamento artístico era de primer orden, su espíritu muy cultivado se manifestaba espléndidamente en diversas aplicaciones, siendo un excelente literario, un buen pintor acuarelista, historiador, arqueólogo estimable y un hombre de agudísimo espíritu satírico.

Por otra parte, su sencillez y modestia hicieron de su figura venerable un símbolo de caballeros característico del pueblo vasco.